



Ahmed y la luz que volvió a su vida

Shuayb Said Sahal



VI CONCURSO DE RELATOS CORTOS DEL SERVICIO DE APRENDIZAJE DEL IDIOMA DE CEAR

Había una vez un joven llamado Ahmed que vivía en un pequeño pueblo. En ese lugar, las noches parecían más largas que los días. No era por el sol, sino porque Ahmed tenía una gran tristeza en su corazón y no podía ver la luz a su alrededor. Cada día se despertaba con cansancio y sentía que le faltaba algo importante para ser feliz.

Ahmed había llegado a ese pueblo después de un viaje muy largo y difícil. Había dejado su país, su familia y todos sus recuerdos. Tenía que empezar una nueva vida, pero no era fácil. Todo le parecía nuevo y extraño: el idioma que no entendía bien, la comida diferente y la forma de vivir de la gente. A veces sentía que nadie lo veía, como si caminara entre personas que no podían notar su presencia. Esto le hacía sentir muy solo.

Cada mañana, Ahmed se sentaba en un banco del parque. Desde allí observaba a la gente pasar. Veía a los niños jugando y riendo, a las familias hablando y paseando, y a los ancianos caminando despacio, disfrutando del sol. Él deseaba formar parte de ese mundo alegre, pero no sabía cómo acercarse a las personas. Pensaba que no tenía nada que ofrecer.

Un día, una mujer mayor se acercó a él. Tenía una sonrisa amable y unos ojos llenos de bondad. La mujer le preguntó por qué siempre estaba solo, y Ahmed, con voz suave, le dijo que pensaba que no pertenecía a ese lugar. La mujer, con mucha calma, le explicó que todas las personas pertenecen a algún sitio y que, a veces, solo necesitan tiempo para descubrirlo.

Después de ese encuentro, la mujer comenzó a hablar con Ahmed cada mañana. Le enseñaba palabras nuevas en español, le contaba historias de su juventud y le hacía preguntas para conocerlo mejor. Con ella, Ahmed se sentía tranquilo y seguro. Poco a poco, empezó a tener más confianza y a sentirse menos solo.

Pero un día, la mujer no apareció en el parque. Ahmed la esperó durante horas, pero ella no llegó. Al día siguiente tampoco. Él preguntó a varias personas, pero nadie sabía nada de ella. Pasaron los días y Ahmed sintió que su tristeza volvía poco a poco. Extrañaba mucho a la mujer porque ella había sido la primera persona en escucharlo y hablarle con cariño.

Sin embargo, esta vez algo era diferente. Él recordaba perfectamente las palabras de la mujer: «Todas las personas pertenecen a algún lugar.» Ahmed pensó mucho en esa frase y comenzó a sentir un pequeño cambio en su corazón. Ya no quería pasar sus días sentado y triste.

Entonces Ahmed decidió hacer algo nuevo. Se levantó del banco y entró en una biblioteca cercana. Allí descubrió un lugar tranquilo y lleno de libros. También vio a personas que estudiaban, leían o simplemente buscaban aprender algo nuevo. Ahmed empezó a ir a la biblioteca todos los días. Leía libros simples, escuchaba a otras personas hablar y

practicaba español con ellas.

Con el tiempo, Ahmed mejoró su español. Empezó a entender más cosas y a comunicarse mejor. Hizo nuevos amigos, personas que también buscaban un lugar en aquel pueblo. Ahmed incluso empezó a ayudar a otros jóvenes que, como él, se sentían solos o no entendían bien el idioma. Esto le hacía sentir mejor y feliz.

Un día, mientras paseaba por el parque, Ahmed vio a un joven sentado en el mismo banco donde él había pasado tantos días tristes. El chico estaba solo y miraba al suelo con tristeza. Ahmed reconoció ese sentimiento porque él lo había vivido. Se acercó y le preguntó por qué estaba solo. En ese momento, Ahmed comprendió que ahora él tenía la luz que antes no tenía.

Ahmed entendió que la luz que había encontrado no venía de fuera, sino de dentro de él. Esa luz era su fuerza, su esperanza y su deseo de seguir adelante. Y aunque nunca volvió a ver a la mujer mayor, sabía que ella fue el inicio de todo. Ella le había dado el primer empujón para cambiar su vida.

Y así Ahmed comprendió que algunas luces, cuando se encienden en el corazón, nunca se apagan.

